

## CUENTOS

*Hugo Ríos*

### **El puñal**

El puñal, una vez concebido de los hierros candentes y la mano anónima fue a dar a una tienda. Una tienda cualquiera en un lugar no determinado. Como todo objeto nuevo pasó algún tiempo en el anaquel de la tienda antes de que un obstinado adolescente lo comprara. El padre del adolescente llevó al puñal y a su dueño de pesca a un arroyuelo cercano. Una vez concluida la pesca, el puñal probó por vez primera la pasión de cortar, suavemente deslizándose por los húmedos pliegos de la superficie del pescado. Una vez hecho su trabajo fue empacado junto a los demás utensilios. De vuelta a su hogar, el puñal y su dueño participaron juntos del ritual de la limpieza del pescado, despedazando la corteza del pescado, esparciendo las escamas por la mesa de trabajo. De este modo el puñal pudo participar de los secretos placeres del corte y vertió la roja sangre de lo que había estado vivo. Ese fue el principio de lo que sería una gran relación. El puñal y su dueño crecieron juntos. El dueño en edad y el puñal en experiencia. Muchas veces compartieron el interior de la corteza de un árbol tallado por puñal y dueño con las iniciales perdidas de algún amor extraviado y efímero.

Llegaron inevitablemente los años turbulentos, años donde sólo el que puede participar en los ejercicios bélicos es capaz de sobrevivir. El puñal y su dueño asistieron a la guerra juntos. Vivieron el conflicto. El puñal vio participación activa en el combate aunque limitada debido a la intervención de las armas de fuego que separaban aún más la difícil tarea bélica de su significativo humano.

Una vez vueltos de la guerra, el puñal y su dueño trataron de reincorporarse a la sociedad, tarea difícil pero necesaria. Un martes, el puñal y su dueño se encontraban en el apacible campo en busca de la paz que la ciudad usualmente niega a las almas diferentes y de cierto modo inquietas. El puñal desvestía una manzana para su

amo, despojándola de su tersa piel, reincorporándola al ciclo de la vida por medio de la muerte. La paz que se respiraba llenaba el infinito espacio y esto ayudaba a la interpretación de ideas y al acuñar de conceptos. Pero, donde hay recuerdos tempestuosos la paz es fugaz. La tensión entre el puñal y los sudorosos dedos que lo sostenían iba en constante aumento, mientras, luego de un lento ondular por el espacio se mezclaba la piel de la manzana con el áspero suelo. El paso del sol por el cristalino lago causaba un alucinante desfile de destellos, que jugaban con el reflejo del puñal.

Una figura apareció de repente reflejada en la hoja afilada del puñal. Una figura que se acercaba cada vez más. Una sonrisa, muy semejante a los labios de un hombre ahorcado, se reflejó en el rostro de la figura, quedando plasmados en el filo de la hoja metálica. Segundos después, el puñal completaría su destino, penetrando suavemente la piel que cubría el corazón de la figura. El filo del puñal acariciaba suavemente los atrios del corazón, mientras un manantial color manzana brotaba y teñía la empuñadura del puñal, consumándose de este modo un destino que era conocido desde la creación.

Todo no es tan simple, nada bajo el inclemente orbe lo es. La consumación del ritual, no sólo terminó un proceso iniciado con la fundición del metal, sino que del mismo modo que unió puñal y dueño, los separó irremediamente.

Algún tiempo después del ritual, el puñal descansaba en el fondo de un río esperando que su amo lo reclamara de las manos de la corrosión.

### **Parábola de fuego**

Un anciano solitario junto a una fogata contemplaba las estrellas del bosque en una típica noche de hojas secas y aire frío cuando tres hombres llegaron junto al fuego y se sentaron. Pidiéronle hospitalidad y el anciano que con un rostro desprovisto de emoción esparcía hierbas sobre el caldero ardiente, accedió con un casi imperceptible ademán. Los extraños devoraron todo el potaje que ardía sobre las llamas y bebieron hasta que sus sentidos se descarilaron. Uno de ellos sugirió una apuesta entre murmullos. Entre risas y tropiezos decidieron atormentar a su anfitrión.

El primero escupió sobre el anciano rostro y esparció su ofensa

arrojando barro, mas el anciano permaneció inmóvil.

El segundo golpeó el anciano rostro cortándole haciendo brotar negra y antigua sangre, mas el anciano permaneció inmóvil.

El tercero golpeó con gran violencia el rostro antiguo, desfigurándolo, y se declaro, único ganador, mas el anciano permaneció inmóvil.

Unas casi imperceptibles palabras se escurrieron de los labios antiguos del hombre maltratado y al escucharlas uno a uno los hombres se fueron desplomando. He aquí las palabras ya borradas por el tiempo: "El potaje que han probado estaba envenenado."

### **El otro**

La señora Olivia de O'Higgins ha dejado a su familia en este mundo. Hace tres días que murió y por dos largas noches su familia observó su cuerpo en la sala de la casa donde ella vivió. Su cuerpo yace en el cementerio de la familia. Sus hijos lloraron tanto que tuvieron que ser removidos de la sala en varias ocasiones. No se le consideraba una persona extremadamente hermosa pero sí poseía bellos momentos. Las causas de su muerte fueron naturales, prolongando su sueño hasta la eternidad. Yo estuve las dos desconsoladas noches allí. Un joven de camisa blanca y ojos desgastados llegó la primera noche y se sentó tímidamente cerca de ella. Esporádicamente miraba y miraba el cuerpo que allí dormía pero siempre se retiraba a un rincón donde frotaba sus ojos con violencia para despejar sus humedecidos recuerdos. Algunos miembros de la familia miraban al joven preguntándose quien podría ser tan extraño visitante. La hermana de la señora de O'Higgins investigó y encontró el nombre del visitante: Javier Rosas. Aun nadie conocía su relación con la señora de O'Higgins. Cuando descubrieron que era de oficio escritor pensaron que sería tal vez alguna de las extrañas amistades literarias de la señora, que mantenía un círculo literario donde se recogía a los poetas deambulantes de la ciudad. El aspecto maltrecho del flácido joven apoyaba la teoría.

La segunda noche fue diferente. El joven apareció de nuevo ataviado completamente de negro, con un largo abrigo y los ojos extinguidos entre párpados lejanos y sendas sombras negras que

bordeaban el sur de su mirada. Desgastado por la impaciencia miraba y miraba el lecho póstumo. Para desagrado de la mayoría de los presentes algún indiscreto reveló la identidad del joven. Javier Rosas había sido amante de la señora ausente. La tinta de la noticia se esparció por los allí presentes, manchando la solemnidad de la ocasión y la integridad de la señora de O'Higgins. Historias de su extravagante pasión acompañada de lecturas de poemas y promesas nocturnas llenaron la sala rápidamente enrareciendo el aire de tal modo que el angustiado joven tuvo que salir a respirar al patio y de allí fue expulsado del precinto por la hermana de la señora. Una rosa negra extrajo el joven y la colocó en el suelo mientras se marchaba con los ojos líquidos y el respirar alterado por interrumpidos sollozos. Los que allí quedaron continuaron comentando y añadiendo historias aun junto al desacralizado féretro.

La mañana del sepelio todos dejaron rápidamente el cementerio. Muchos clamaron asuntos urgentes y otros ni siquiera llegaron excusándose por medio de emisarios. Todos condenaron a la señora de O'Higgins. Nadie comprendió que existe un motivo mas allá de la razón, situaciones que no tienen comprensión y que no la necesitan. La vida es demasiado complicada para que existan significados fijos.

La tarde de aquel día gris encontró dos figuras que miraban la tumba aún caliente. Dos mirábamos la tumba. Sólo dos comprendíamos que no todo se explica. Los ojos nublados del joven Rosas aún sorprendidos se deslizaban del lugar cubierto de flores y la mirada que tenía al frente. Yo, Andrés O'Higgins, miré a Javier Rosas directamente a las nubes de sus ojos y comprendí que ambos, él y su amante necesitaban estar solos. Di la vuelta y regresé a la casa ahora vacía a escribir estas líneas.

## Migas

Una señora ya entrada en simpáticos años fue arrestada en el parque junto a la iglesia. La gente consternada reaccionó con violencia contra los insensibles policías que molestaban a la agradable anciana. Todos en el lugar conocían que todas las tardes, desde hacía ya algún tiempo, la viejecilla se sentaba a darle migas de pan a las palomas. Cierto que las palomas habían estado mermando

recientemente pero siempre había una que otra que visitaba a la longeva benefactora de animales en la banca del parque para comer. Al preguntársele al jefe de la policía local la razón por la cual se procedía de tal manera contra tan inofensiva dama, éste se limitó a entregar al periodista más cercano la bolsa de migas de la señora y a invitar con un gesto de la cabeza, a la inspección de la misma. Dentro de ella, triturados y mezclados con algunas migas de pan, se encontraban pequeños fragmentos de vidrio que probablemente las palomas engullían y luego iban a morir a algún lugar lejano.

*Hugo Ríos*  
Universidad de Puerto Rico-Mayagüez  
Puerto Rico